

RESUMEN CRONOLOGICO.

1813.—PRIMERA CAMPAÑA DE ALEMANIA.

LUTZEN.—BAUTZEN Y WURTSCHEN.

- | | |
|--|---|
| 8 de enero. El rey de Nápoles cede el mando del ejército francés al príncipe Eugenio. | 5.— Combate de Ertzdorff (Sajonia). |
| 11.— Senado-consulta que pone 250,000 hombres á disposicion del gobierno. | 8.— Ocupacion de Dresde (Sajonia). |
| 25.— Concordato de Fontainebleau entre el Papa y el Emperador. | 12.— Combate de Bischotswerda (Sajonia). |
| 14 de febrero. Apertura del cuerpo legislativo. | 19.— Combate de Weissig y de Königswartha (Sajonia). |
| 1.º de marzo. 6ª Coalicion contra la Francia.— Defeccion de la Prusia. Su alianza con la Rusia. | 20.— Combate de Bautzen (Sajonia). |
| 3.— Tratado de alianza entre la Suecia y la Inglaterra. | 21.— Batalla de Wurtschen (Sajonia). |
| 1.º de abril. La Francia declara la guerra á la Prusia. | 22.— Combate de Reichenbach (Sajonia). |
| 3.— Senado-consulta que pone 180,000 hombres á disposicion del gobierno.— Creacion de los guardias de honor. | 26.— Combate de Haynau (Sajonia). |
| 5.— Creacion de 37 cohortes de guardias urbanas. | 27.— Combate de Sprottau.— Cesa el bloqueo de Glogau. |
| 15.— El Emperador sale de Paris para el ejército de Alemania. | 30.— Toma de Hamburgo. |
| 27.— Combate de Weissenfels (Sajonia). | 1.º de junio. Ocupacion de Breslau. |
| 28.— El Emperador llega al Saale. | 4.— Armisticio de Plessivitz (Silesia) entre el ejército francés y los rusos y prusianos. |
| 1.º de mayo. Combate de Poserna (Sajonia).— Muerte del mariscal Bessieres. | 21.— Batalla de Vitoria, seguida de la evacuacion de España. |
| 2.— Batalla de Lutzen (Sajonia). | 30.— Convencion de Dresde.— El Emperador acepta la mediacion del Austria. |
| 4 de mayo. Levántase el bloqueo de Witemberg (Sajonia). | 10 de julio. Alianza entre la Francia y la Dinamarca. |
| | 12.— Congreso de Praga. |
| | 26.— Llegada del general Moreau á Europa. |
| | 27.— Defeccion del Austria.— Su alianza con la Rusia y la Prusia. |
| | 28.— Fin del congreso de Praga. |



El Emperador en Dresde.

1813.—SEGUNDA CAMPAÑA DE ALEMANIA.

DRESDE.—LEIPSICK.—HANAU.

Aunque acababa de concluirse un armisticio, y se iban á entablar las negociaciones; no por eso, desde su regreso á Dresde levantó mano el Emperador de los preparativos necesarios para hallarse pronto á obrar con ventaja si la mala fé del enemigo, la defeccion de algunos de nuestros aliados, ó pretensiones incompatibles con el honor y seguridad del Imperio francés le obligaban á emprender una nueva campaña: pues que en aquella época en que las palabras de independencia general, de pacificacion europea, de reposo de los pueblos, formaban el fondo de todos los manifiestos de todos los soberanos de la Europa, solo el Emperador queria la paz sinceramente.

Estudiar los mapas de la Bohemia, de la Sajonia y de la Silesia, reconocer los lugares visitando el terreno, ecsaminar y escoger los parages que convenia fortificar, he aqui sus ocupaciones en los momentos que le dejaban libres la correspondencia con el Imperio, y las diarias revistas de las tropas que

llegaban de Francia. Púsose en estado de defensa la línea del Elba: algunos puentes militares, echados sobre el río, aseguraron las comunicaciones del ejército; y cerró los desfiladeros de la Bohemia un campo atrincherado establecido en Pyna. Dresde en fin, cuyo recinto completárase con fosos y empalizadas, fué además defendida por una línea de reductos avanzados, armados de artillería. Según los planes del Emperador, aquella ciudad debía ser el centro de todas las operaciones. «Dresde, decía él á sus generales, es la base sobre que quiero maniobrar para hacer frente á todos los ataques. Desde Berlin hasta Praga, el enemigo se desarrolla sobre una circunferencia cuyo centro ocupo yo; para él las mas pequeñas comunicaciones se prolongan con todos los circuitos que debe seguir; al paso que yo, en pocas marchas, puedo llegar donde quiera que sean necesarias mi presencia y mis reservas.»

Su atrevida resolución espantaba á algunos gefes del ejército cuya audacia estaba ya amortiguada por la edad. Temían que el Austria, arrojando la máscara y pasándose á los aliados, no entregase á estos los pasos de la Bohemia, con lo que hubieran podido coger por la espalda las posiciones del ejército francés y cortar nuestras comunicaciones con la Francia. Su plan era prudente: hablaban de abandonar el valle del Elba, de retirarse al Saale y de allí al Rhin, abandonando así á su fortuna, tanto á nuestros amigos los daneses y polacos, como á nuestros aliados los sajones, los westfalianos y nuestras guarniciones de las fortalezas del Elba, del Oder y del Vistula.

«Con los sacrificios que me proponéis para hacer mejor la guerra, respondiales el Emperador, ahora mismo podría hacer la paz.... Temeis que me vea en peligro si viene el enemigo á colocarse entre mis líneas fortificadas del Elba y del Rhin; pero si tiene tal atrevimiento, entro entonces en Bohemia y yo soy quien lo tomo por retaguardia. Acordaos de Arcola, Marengo, Austerlitz y Wagram; acaso no me hallaba entonces en una posición mas peligrosa? En las llanuras de Sajonia es donde debe al presente decidirse la suerte de la Alemania. Os lo repito, la posición que tomo me

«ofrece tales ventajas que, vencedor en diez batallas, el enemigo, apenas podría hacerme retirar al Rhin, al paso que una sola batalla ganada me basta para volver á entrar en sus capitales, hacer levantar el bloqueo de las plazas del Oder y del Vistula y forzar nuestros aliados á la paz.»

La mediación del Austria nada habia hecho todavía para el objeto que se propusiera, la paz; por medio del armisticio habia detenido la marcha victoriosa de Napoleon, pero su enviado, el conde de Bubna, siempre presentaba nuevas dificultades á las proposiciones del plenipotenciario francés. Quejábase de ello el esposo de Maria-Luisa á su suegro, quien estaba dotado de una lealtad natural que hacia peligrar la política del gabinete austriaco. Pasó á Dresde su principal ministro, tal vez con la esperanza de burlar mejor la perspicacia del Emperador.

«Llegasteis en fin, Metternich! le dijo Napoleon, bienvenido; si quereis la paz, porque venir tan tarde? Hemos perdido un mes; y vuestra mediación va haciéndose hostil á fuerza de ser inactiva.... No os conviene, decis, garantizar la integridad del Imperio francés: porque no habérmelo declarado antes, cuando llegué de Rusia y antes de marchar de Paris?... Entonces hubiese llegado á tiempo de modificar mis planes: tal vez no hubiese vuelto á entrar en campaña.... Vosotros me habeis dejado aniquilar con nuevos esfuerzos; sin duda contabais con acontecimientos diferentes y sobre todo menos rápidos, pero la victoria coronó aquellos esfuerzos atrevidos. Gano dos batallas; mis enemigos debilitados están á punto de despertar de sus ilusiones; de repente os deslizaís entre nosotros, me habláis de armisticio y de mediación, me habláis de alianza, y todo se enreda.... Sin vuestra funesta intervención, ya estaria hecha la paz. Por lo que á mí respecta, hasta ahora, los resultados del armisticio son los tratados que la Inglaterra acaba de obtener de la Prusia y de la Rusia, y tal vez de una tercera potencia.... Pero, tocante á esto, vuestro gabinete debe de estar mejor informado que yo.

«Confesadlo, desde que ha tomado el título de mediadora, el Austria ya no está de mi parte, ya no es imparcial sino

« enemiga, y creo os ibais á declarar cuando os contuvo la
 « victoria de Lutzen. Entonces conocisteis la necesidad de au-
 « mentar vuestras fuerzas, y quisisteis ganar tiempo... Hoy dia
 « ya están prontos vuestros doscientos mil hombres; Schwart-
 « zenberg es quien los manda, y en este instante los está reu-
 « niendo, no lejos de aqui, detras de la cortina de las mon-
 « tañas de Bohemia. Y porque os creéis en estado de dictar la
 « ley venis á encontrarme! Si sois mediador, porque alome-
 « nos no manteneis igual la balanza?... Os he adivinado: vues-
 « tro gabinete quiere aprovecharse de mis dificultades y aun
 « aumentarlas para recobrar lo que ha perdido. Vuestra gran
 « perplejidad estriba en saber si podeis tiranizarme sin com-
 « batir ó si debemos ser enemigos. Solo venís para mejor re-
 « solver la cuestion. Pues bien! sed franco. A ver, que que-
 « reis? » Vivo era el ataque, y pasmado Metternich defendióse
 con toda la pompa y boato de frases diplomáticas. « La sola
 « ventaja, dijo, que desea adquirir el Emperador mi amo,
 « es la influencia que comunicaria á los gabinetes de la Europa
 « el espíritu de moderacion, el respeto á los derechos y po-
 « siciones de los estados independientes, de que él mismo se
 « halla animado.... El Austria quiere establecer un orden de
 « cosas que por medio de una sabia reparticion de fuerzas co-
 « loque la garantía de la paz bajo la égida de una asociacion
 « de estados independientes. — Hablad mas claro, dijo el Em-
 « perador interrumpiéndole, y al caso. Os ofreci la Iliria pa-
 « ra que permanecieseis neutral; os conviene esto? Basta mi
 « ejército para poner en razon á los rusos y prusianos; vues-
 « tra neutralidad es todo lo que os pido. — Ah! señor, repu-
 « so vivamente Metternich, porque V. M. ha de quedar solo
 « en esta lucha? Porque no ha de duplicar sus fuerzas? Solo
 « de vos depende disponer enteramente de las nuestras. A tal
 « punto han llegado las cosas que ya no podemos permanecer
 « neutrales; es preciso que nos pongamos ó contra vos ó á
 « vuestro favor. »

Detúvose un instante la conversacion. El Emperador refle-
 xionó y condujo á Metternich junto á sus mapas. El ministro
 austríaco habló en voz baja y como pasmado de su propio atre-
 vimiento, pero al mismo tiempo con cierta firmeza. Era co-

mo el usurero que todavia quiere aceptar un socorro del hom-
 bre á quien arruinó. Acabóse por fin la paciencia del Empe-
 rador, aquella paciencia que esperaba conservar. « Y que es-
 « clamó, no solo la Iliria, sino aun la mitad de la Italia, y la
 « vuelta del papa á Roma, y la Polonia, y el abandono de la
 « España, y la Holanda, y la confederacion del Rhin, y la
 « Suiza! *Este es pues el espíritu de moderacion que os anima!*
 « Solo pensais en aprovecharos de todas las vicisitudes; solo os
 « ocupais en transportar vuestra alianza del uno al otro cam-
 « po, para estar siempre de la parte donde se hace el repar-
 « to, y hablais de respeto á los derechos de los estados inde-
 « pendientes! En resumen, vosotros quereis la Italia, la Ru-
 « sia quiere la Polonia, la Suecia quiere la Noruega, la Pru-
 « sia quiere la Sajonia, y la Inglaterra quiere la Holanda y la
 « Bélgica. Para todos vosotros, la paz solo es un pretesto. Solo
 « trabajais para desmembrar al imperio francés. » Metternich
 no replicó palabra. Un profundo silencio reinaba en el salon. La
 voz del Emperador era sonora y vibrante; y con no disimulada
 espresion de amargura añadió; « Y para completar tal empre-
 « sa, el Austria cree que basta declararse. Con un solo rasgo
 « de pluma pretende derribar los baluartes de Dantzick, de
 « Custrin, de Glogau, de Magdeburgo, de Wesel, de Magun-
 « cia, de Amberes, de Alejandría, de Mantua, de todas las
 « plazas fuertes cuyas llaves solo á fuerza de victorias he po-
 « dido obtener! Y yo, dócil á vuestra política, tendria que
 « evacuar la Europa, de la cual todavia ocupo la mitad, vol-
 « ver á conducir mis legiones, culatas arriba, detras del Rhin,
 « de los Alpes y de los Pirineos, firmar un tratado que solo
 « seria una vasta capitulacion, entregarme á mis enemigos co-
 « mo un mentecato, y para lo futuro ponerme á merced de la
 « generosidad incierta de esos mismos de quienes hoy soy el ven-
 « cedor!... Y cuando mis banderas ondean todavia en las bocas
 « del Vístula y sobre las márgenes del Oder; cuando mi ejército
 « triunfante está á las puertas de Berlin y de Breslau; cuando
 « estoy yo, Napoleon, yo, el Emperador de los franceses, á la
 « cabeza de trescientos mil hombres, es cuando el Austria,
 « sin disparar un tiro, sin desenvainar la espada se jacta de
 « hacerme consentir en tales condiciones!... Sin desenvainar la

« espada! Esta pretension es un ultrage! Y será capaz mi suegro
« de dar acogida á tal proyecto! Qué diria de mí el pueblo
« francés? Cree acaso que un trono deshonorado podria servir
« en Francia de refugio para su hija y su nieto?... Ah! Met-
« ternich, cuanto os ha dado la Inglaterra para que repre-
« senteis este papel contra mí?...

La verdad estaba dicha, habia hablado la conviccion y Metternich mudó el color. Sin duda en aquel momento el negociador se avergonzó de sus propias intrigas, pero habia sido herido el orgullo individual, y el amor propio es tal vez el único sentimiento humano que pueda encender el alma helada de un diplomático; miserable pleiteante de pro y de contra, en los grandes intereses de las sociedades desempeña, como el abogado en los negocios de familia, el oficio de genio maligno. Despues de haber indicado un congreso en Praga, partió Metternich, con el resentimiento en su corazon.

Muy exactas eran las previsiones de Napoleon acerca de la resolucion que iba á tomar el Austria, pues poco tardó en saberse la nota del gabinete austríaco, y Metternich fijó por ultimatum.

« La disolucion del ducado de Varsovia, que seria repar-
« tido entre la Rusia, el Austria y la Prusia (Dantzick para
« la Prusia); el restablecimiento de las ciudades de Hambur-
« go, Lubeck, etc. en su independendencia; la *reconstruccion* de
« la Prusia con una frontera sobre el Elba; la sesion del Aus-
« tria de todas las provincias ilirias, inclusa Trieste; y la ga-
« rantía recíproca de que el estado de las potencias grandes
« y pequeñas, tal como se hallaria fijado por la paz, no pu-
« diese cambiarse ni alterarse sino de comun acuerdo.»

En aquella guerra, acometida en nombre de la independendencia de los pueblos, la ambicion queria sacrificar los mas débiles á la pujanza de los mas fuertes. Por parte del Emperador, no hubiera sido generoso, y sí muy impolítico prestar á ello su apoyo. A fin de probar que estaban pronto á hacer personalmente todas las concesiones que no comprometian á los intereses de sus aliados, respondió:

« Cesará de existir el ducado de Varsovia, sea: pero Dant-
« sick será ciudad libre; serán demolidas sus fortificaciones, y se

« indemnizará al rey de Sajonia con la cesion de los territorios
« de la Silesia y de la Bohemia, que están enclavados en la
« Sajonia. Cederánse al Austria las provincias ilirias; se con-
« siente tambien en abandonar el puerto de Fiume, pero
« Trieste no será comprendida en la cesion. La confederacion
« germánica se estenderá hasta el Oder. En fin, será garantida
« la integridad del territorio danés.»

Despues de haber dado esta contestacion, que alomenos patentizaba sus disposiciones pacíficas, el Emperador se preparó para el combate, porque no dudaba de que pronto le participarian la renovacion de las hostilidades.

Inauditos fueron los efectos de la coalicion durante el armisticio, pues logró poner en línea mas de ochocientos mil combatientes, incluso las tropas que el Austria, arrojando por fin la máscara, hizo marchar contra nosotros. La Prusia sola habia armado doscientos cincuenta mil hombres, de los cuales treinta y dos mil eran de caballería. A falta de soldados daba la Inglaterra subsidios y municiones de guerra de toda especie. A Bernadotte y á la Prusia les enviára baterías de campaña y el personal de artillería necesario, trenes de sitio y hasta coetes á la congreve. Desembarcáranse en el continente para armar á los landwehrs alemanes cuatrocientos mil fusiles y cien mil sables ingleses. A mas de tan enorme número de soldados, el ejército coaliado reunia mil ochocientos cañones.

La fuerza de las tropas del Emperador no podia pasar de cuatrocientos mil hombres, comprendiendo las guarniciones de las plazas fuertes y los continentes aliados, que, socavados ya por las intrigas de los ingleses y por los emisarios de la Tungenbund, solo ofrecian una sospechosa asistencia. Siempre manteníanse fieles y constantes los polacos, únicos que no nos han sido traidores en nuestra desgracia: todo corazon francés que se conmueva al oír nuestras desgracias y su sacrificio, debe para siempre profesarles amor y respeto. En fin, solo doscientos cañones apoyaban el ejército francés.

Cuando el Austria se declaró contra nosotros, su ejército

estaba ya pronto. Al punto se declaró que cesaba el armisticio, y Blucher aun lo quebrantó antes que hubiese llegado el tiempo de combatir. En el cuartel general de los aliados hablábase de justicia y lealtad, pero usadas por la política, aquellas palabras no espresaban sentimiento alguno que en aquel entonces ocupase el corazón de los enemigos de Napoleón; sino que todos los medios les parecían honrosos y legítimos.

Una parte del ejército francés marchaba hacia Berlín. Como el Emperador estaba en Silesia, donde Macdonald acababa de replantar nuestras águilas en las márgenes del Katzbach, pensaron los aliados que el momento era favorable para atacar, y el ejército grande austro-pruso-ruso, fuerte de más de doscientos mil hombres, desembocó de la Bohemia. El príncipe de Schwartzberg, que mandaba el contingente austríaco, fué nombrado general en jefe y dirigía el centro; Barclay de Tolly, con dos cuerpos, ruso y prusiano, formaba el ala derecha, y Klenau, con los prusianos, estaba en la izquierda. Gouvion-Saint-Cyr solo tenía veinte y cinco mil franceses para guardar la capital de la Sajonia; de consiguiente, replegó sus tropas avanzadas y se retiró detrás de sus atrincheramientos. Los aliados cercaron la ciudad por la orilla izquierda del Elba, pues que, en su mucha confianza, habían despreciado el campamento de Pyna. Las noticias que recibía el Emperador de Dresde le decidieron á apresurar su regreso, y se puso en camino con su guardia y los demás cuerpos del ejército que no eran necesarios para contener á Blucher.

Sin embargo, el enemigo iba estrechando más y más las avanzadas francesas, y ya ocupaba las avenidas y las colinas que rodean la plaza. Levantábanse sus baterías en todos los puntos, y hacía sus preparativos para tomar á viva fuerza el cuerpo de la plaza. Por un momento proyectó el Emperador dejar que Dresde se defendiese con sus propias fuerzas, y probar por Pyna una diversion á retaguardia del ejército enemigo: vigorosa empresa, que hubiese tenido el mejor resultado y á la cual tuvo que renunciar el Emperador por los temores que manifestaron los habitantes de Dresde.

Empezó el ataque el 26 de agosto. Los aliados, contando que solo tenían que combatir con Gouvion-Saint-Cyr, avanzaron con resolución. Ya no era la misma la confianza de los alemanes de nuestro partido, y se pasaron al enemigo dos regimientos de húsares westfalianos. Encarnizado y tenaz fué el combate; cada columna marchaba precedida de cincuenta cañones, y numerosas baterías cruzaban sus fuegos contra la ciudad. En vano la artillería de nuestros reductos avanzados dieznaba con redobladas descargas aquellas formidables columnas; nada, en el primer momento, podía detener el ardor é ímpetu de los sitiadores: llegaron hasta las empalizadas, y pronto se hallaron empeñadas todas las reservas de Gouvion-Saint-Cyr. En el centro, ya los húngaros de Colloredo habían tomado el reducto de la barrera de Dippodiswalde; en la derecha, la artillería austríaca hacía callar á nuestras baterías de la puerta de Freyberg, y en la izquierda, los rusos y los prusianos penetraban en el arrabal de Pyna. Consternados los habitantes se parapetaban en sus casas; las mugeres y los niños buscaban un refugio en los subterráneos: el enemigo creía segura su victoria, y gritando: *á Paris! á Paris!* corrían sus primeras columnas á forzar la puerta de Plauen.

Abrióse esta, y fué como la erupcion de un volcan. Lánzase fuera los batallones de la guardia imperial, mandados por Cambonne, por Tyndal, y dirigidos por el general Dumoustier; el fuego de las troneras de la muralla sostiene su salida, el de los reductos coge por la espalda á las columnas austríacas, y de todas partes una lluvia de balas cae sobre la llanura. El enemigo espantado retrocede: son arrebatadas sus piezas á la carrera, y muertos los artilleros sobre sus cureñas: en todas las puertas de Dresde se verifican simultáneas salidas, los franceses han recobrado la ofensiva y los reductos son tomados. Nuestra caballería barre la llanura, que el Emperador recorre al escape, en medio de las balas y de los cañonazos, que hieren á los oficiales y edecanes de su servicio; de aquel modo muéstrase por toda la línea, y su presencia es eléctrica. A los gritos de triunfo suceden los clamores de angustia. «El Emperador está en Dresde, esclama Schwartzberg, se ha perdido el momento favorable! solo debemos